



Capítulo 471: Hazte más fuerte.

El aire se volvió pesado, cargado de la electricidad de tensión que sólo precede a una tormenta. Vergil miró fijamente a la vaca demoníaca, con sus ojos dorados ardiendo como brasas a punto de explotar. El silencio a su alrededor era casi insopportable— incluso Titania, Zuri y Rize se quedaron paralizados, conscientes de que algo inmenso estaba a punto de suceder.

Vergil respiró profundamente y una sombra pareció crecer dentro de él, una presencia oscura que no había sentido con tanta intensidad en mucho tiempo. Era una locura—o más bien, el hambre insaciable de poder que siempre se había hirvido en sus venas. La bestia dentro de él estaba despertando de nuevo, voraz, buscando el dominio.

De repente, se abalanzó. Un movimiento rápido y preciso, como un rayo atravesando el cielo gris. Con Yamato dibujado, cargó contra la vaca, que reaccionó con un feroz bramido. El enfrentamiento fue brutal, un choque de fuerzas que resonó en el suelo como un trueno.



La espada de Virgilio cortó el aire y apuñaló una de las piernas de la criatura. No había sangre común y corriente —sólo un humo espeso y negro que se disipaba rápidamente, como si la carne de la vaca estuviera hecha de energía pura y condensada. Retrocedió, furioso, pero algo era diferente ahora. La herida parecía más bien un catalizador, un despertar interior.

Virgilio no dudó. Con una velocidad casi sobrenatural, cortó con cuidado un trozo de carne de esa pierna, como si estuviera extrayendo un cristal raro. Él sabía lo que venía—Rize ya lo había explicado. Esta carne no era sólo comida. Era combustible crudo para la esencia demoníaca.

"Veamos hasta dónde puede llegar esta bestia", murmuró Virgilio, con la voz baja y aguda como la espada de su mano.



Rize se acercó, ya sosteniendo la carne. Con un movimiento rápido, se lo ofreció a la vaca, que todavía jadeaba, pero sus ojos estaban fijos en esa ofrenda—una promesa de fuerza incomparable.

La bestia vaciló, sus músculos aún palpitaban de dolor y energía, pero el instinto prevaleció. Con un movimiento repentino, se apoderó de la carne, devorándola con voracidad casi humana.

Inmediatamente comenzó la transformación.

Las venas de la vaca se abultaban, dejando rastros rojos brillantes que iluminaban su piel negra. Su cuerpo parecía expandirse, sus músculos se estiraban y crecían, sus proporciones se distorsionaban en un espectáculo grotesco y fascinante.

Virgilio observó con los ojos entrecerrados cómo la locura dentro de él crecía junto con la criatura que tenía delante. Era como si fueran dos caras de la misma moneda—monstruosidades moldeadas por el mismo horno de poder ardiente.

La vaca dejó escapar un rugido que resonó por todo el bosque, una explosión de energía que levantó hojas y polvo al aire. Sus pezuñas ahora marcaban el suelo con llamas negras, quemando la tierra como si marcaran territorio para algo nuevo y terrible.

Titania, volando alto, gritó: "¡Esto es una locura! ¡Esto se va a salir de control!"

Pero Virgilio no escuchó. Estaba perdido en el momento y se entregaba a un frenesí casi ritualista. Con un movimiento fluido, se lanzó hacia adelante nuevamente, atacando a la criatura con una serie de golpes rápidos y precisos, cada corte sirvió para estimular aún más su reacción.



"Serás más que una bestia," susurró, casi en trance, "serás un monstruo... como yo, como Rize."

La vaca respondió ferozmente, cada golpe era un grito primario, una brutal demostración de fuerza que se multiplicaba con cada momento.

Mientras tanto, Rize usó sus habilidades para manipular la energía inestable que escapaba de los cuerpos circundantes, concentrándola e infundiéndola en la carne restante. "Un poco más," murmuró, sus ojos brillaban con la emoción del experimento, "te convertirás en algo que ni siquiera el infierno mismo podría imaginar."

Virgilio sonrió, una sonrisa que era mitad orgullo, mitad locura. "Déjala evolucionar... deja que la bestia despierte."

El suelo debajo de ellos tembló con la intensidad del poder desatado. La vaca ahora estaba casi irreconocible —sus músculos abultados, su piel brillando con un aura incandescente, sus ojos en llamas más intensos que nunca.

Se lanzó de nuevo, más rápido, más fuerte, y esta vez Vergil lo recibió de frente. El impacto los arrojó a ambos hacia atrás y el sonido de la colisión fue como un trueno. Virgilio cayó al suelo, pero rápidamente se levantó y una risa baja se le escapó de los labios.

"Esto es sólo el comienzo", dijo, con la locura brillando en sus ojos.

Rize recogió el último trozo de carne, cuidadosamente preparado e infundido con energía demoníaca. Se lo entregó a Virgilio con una sonrisa malvada. "¿Quieres continuar?"



Virgilio tomó la pieza y, con un gesto decidido, se la ofreció a la vaca. "Si quieres sobrevivir, tendrás que comer más."

La bestia, ahora vencida por el instinto y el poder creciente, se tragó la segunda pieza con avidez.

Se produjo una nueva ola de transformación. La vaca no sólo creció, sino que se transformó en algo más, algo entre bestial e inteligente. Sus ojos adquirieron un destello de conciencia calculadora, como si fueran conscientes de su propia evolución.

Vergil sintió una ola de emoción y terror al mismo tiempo. Crear una criatura así era peligroso—un paso más allá de los límites humanos. Pero él lo quería. Quería la locura del poder absoluto.

Dio un paso adelante, colocó su mano sobre la cabeza de la vaca y sintió el pulso de energía debajo de su piel.

"Eres mi creación," murmuró, con la voz llena de determinación fría y cruel. "Y juntos seremos invencibles."

Titania observó horrorizada, mientras Zuri, sobre el hombro de Virgilio, simplemente suspiraba.

"No hay vuelta atrás", dijo Rize con los ojos brillantes. "Un paso más y esta bestia será más que un monstruo. Será un arma."

Vergil asintió lentamente. La locura dentro de él se había apoderado de él. Sabía que estaba cruzando una línea, pero anhelaba cruzarla.



Con una última mirada a la criatura —ahora una amalgama de furia, fuerza e inteligencia bestial—, Virgilio levantó el Yamato, listo para desatar esta nueva fuerza en un mundo que todavía no sabía lo que estaba por venir.

"Veamos hasta dónde puede llegar esta locura", susurró.

El aire a su alrededor parecía vibrar, cargado por el aura pulsante de la vaca demoníaca que ahora se alzaba imponente, casi trascendiendo los límites de la bestia misma. Sus músculos abultados brillaban con una luminiscencia oscura, y la mirada que antes había sido meramente salvaje ahora exudaba astucia —una mente hambrienta y calculadora despertaba junto con la carne.

Virgilio sintió la locura ardiendo dentro de él como un fuego incontrolable y, al mismo tiempo, esta creación era como una extensión de su propia esencia oscura. La criatura que tenía delante no era sólo un monstruo; era una promesa de destrucción y dominio.

Rize, con los ojos brillando de emoción, se unió al lado de Virgilio, con su voz una mezcla de fascinación y reverencia. "Ella está lista para la siguiente etapa. ¿Quieres ver hasta dónde puede llegar esta fuerza?"

Virgilio no dudó. Con un movimiento rápido, destrozó el trozo de carne infundido con energía demoníaca que aún sostenía y lo arrojó al suelo frente a la criatura. "Come y trasciende lo que una vez fuiste."

La vaca no necesitó más indicaciones. En un salto feroz, agarró la carne e inmediatamente comenzó una nueva transformación.

La bestia se agitaba violentamente, su cuerpo se hacía aún más grande, los músculos irrumpían en su piel en extensiones grotescas y sus venas incandescentes se entrelazaban como hilos de fuego negro. El suelo bajo sus pezuñas temblaba, agrietándose bajo la presión del poder que emanaba de él.



Virgilio observó, con adrenalina corriendo por cada fibra de su ser, cómo crecía la locura en sus ojos.

"Estás creando un monstruo, Virgilio," gritó Titania, dando vueltas frenéticamente, "pero esta criatura... se está saliendo de control!"

"Los monstruos están hechos para esto", respondió Virgilio, con voz fría y aguda. "Pero todavía tiene mucho que aprender. Yo le daré forma."

Luego, la vaca avanzó con una nueva ferocidad y cada paso provocó que la tierra se agrietara. Vergil se preparó para el impacto, sus músculos se tensaron y Yamato agarró con fuerza.



El enfrentamiento entre ellos fue una explosión de fuerza y energía demoníaca. La vaca se abalanzó con una velocidad y precisión aterradoras, golpeando con pezuñas como martillos brillantes. Virgilio bloqueó con su espada, saltaron chispas negras, pero esta vez la presión era diferente. Sintió que el poder crecía, casi superando al suyo.

Rize se acercó rápidamente, sosteniendo otro trozo de carne todavía palpitando con maná, listo para el siguiente paso.

"Esto no es sólo fuerza bruta," murmuró, "está aprendiendo a controlar el poder dentro de ella."

Virgilio la miró con un brillo loco en sus ojos. "Luego pasa al siguiente nivel."

Cortó un trozo y, con expresión feroz, se lo ofreció a la vaca. La bestia aceptó sin dudarlo.



Con la carne consumida, la criatura comenzó a transformarse nuevamente, pero ahora algo cambió.

Sus ojos brillaban con una luz casi humana —una inteligencia asesina, un dominio brutal y algo que parecía un destello de conciencia. La bestia que antes sólo conocía instintos ahora estaba empezando a comprender su poder.

El cuerpo de la vaca creció aún más y el aire que la rodeaba parecía distorsionarse con el calor y la energía oscura que emanaban de él. Vergil sintió que la emoción y el miedo se mezclaban dentro de él.

"Estás creando no sólo un monstruo, sino un ser capaz de rivalizar con los propios dioses", dijo Rize asombrado.



Virgilio dio un paso adelante y tocó el cuello de la criatura. "Eres mi obra maestra... una extensión de la locura que me consume."

La vaca giró la cabeza, con los ojos ardiendo de reconocimiento y feroz sumisión.

"Pero este no es el final," continuó Virgilio, con la voz baja y amenazante, "es sólo el comienzo de nuestra dominación."

Entonces, de repente, un rugido ensordecedor escapó de la criatura —un sonido tan poderoso que reverberó por todo el bosque, haciendo caer árboles y volar rocas.

Virgilio sonrió, más enojado y hambriento que nunca. "Muestra al mundo la furia de la creación."



Titania se fue volando, con el rostro lleno de horror e incredulidad. Zuri, sobre el hombro de Vergil, simplemente observó con expresión cansada, como si hubiera visto demasiada locura como para quedar impresionada.

La vaca demoníaca —que ya no era sólo una bestia, sino un monstruo forjado por la locura de Virgilio— cargó hacia el horizonte, dejando un rastro de destrucción y fuego negro.

Entonces Virgilio levantó su Yamato, con los ojos brillantes por la promesa del caos que vendría.

"Vamos más allá de los límites", murmuró. "Quiero que aprendas a manipular tu energía demoníaca y formar un cuerpo."

